

Rosa Beltrán

Radicales libres



Un día cualquiera, a finales de los años setenta, la protagonista abrió la puerta de su casa y vio cómo su madre se iba en una motocicleta Harley-Davidson con su vecino: un extravagante pintor y lector de cartas zodiacales. Muchos años después, narra a su hija las circunstancias que llevaron a esa partida y también las que la precedieron en un relato que reúne a tres generaciones de mujeres y casi seis décadas de acontecimientos históricos (desde los movimientos estudiantiles del 68 hasta la pandemia actual, pasando por las dictaduras y la caída del Muro de Berlín, la globalización y las pantallas): una mirada subversiva y feminista del país y del mundo durante ese periodo. Una vida fuera de lo común, sorprendente y conmovedora, pero desprovista de sentimentalismos.

Con inteligencia narrativa, sentido del humor y una visión nostálgica de un mundo que se fue, Rosa Beltrán nos regala un relato intimista y deslumbrante que encontrará eco en varias generaciones de lectores que han vivido, de una forma u otra, lo que se cuenta.

*Para mi madre y mi hermana
Para Casandra, Olivia y Eva*

Una escritora es esencialmente una espía.
ANNE SEXTON, *THE BLACK ART*

No fue producto de un plan: sucedió. Nos sucedió. Yo tenía catorce años y encontré a mi madre fuera de la casa. Estaba sonriente, preciosa, con cola de caballo, montada en la parte de atrás de una motocicleta Harley-Davidson, abrazada a un hombre, diciéndome adiós con la mano. Se iba a Guatemala, se fue. Nos dejó. La historia debiera terminar ahí. Sería una novela perfecta, con todas las de la ley. Hay enigma inicial, hay personajes, hay situación climática, hay drama. Pero no hay conclusión ni razones que expliquen por qué. No hay un «esto es consecuencia de esto otro», la mínima advertencia de que tu mamá se va a ir. A veces pienso que todo lo que vino después es la verdadera novela.

El hombre era su amante. Recuerdo que después de verlos partir me quedé pensando en la palabra amante. La conocía en teoría pero no en la práctica. Pensé: tengo catorce años, no soy fea ni bonita, tengo barros en la cara y el pecho casi plano. Me entusiasma la idea de huir abrazada a la cintura de un hombre, montada en una Harley-Davidson. Recuerdo que también pensé: con esos indicios no voy a llegar a ninguna parte.

Hasta entonces yo había sido una adolescente en vías de transmutar en algo mejor, o eso pensaba. Pero un viaje, cualquier viaje, supone convertirse en otro y a veces convierte en otros a los que se quedan. Su viaje me obligó a actuar en un teatro ajeno y por eso desde su partida empecé a vivir una vida que no era la mía: mi madre me convirtió en Sherlock Holmes. De pronto, todo lo que me rodeaba se volvió un posible indicio. ¿Qué de todo lo que había ocurrido en mi infancia era ya un síntoma de que se

iría? Y sobre todo: ¿qué de lo que hallara a partir de ese momento me serviría para encontrarla?

Esto último me dio una cierta esperanza.

Sin pensarlo dos veces entré en la casa y subí al piso donde estaba el cuarto en que dormía, cuarto que dejó hecho un caos. Ropa tirada por todas partes, el alhajero revuelto, sus llaves –¿por qué las llaves?–, el cajón de las medicinas abierto. Por dónde empezar. Sé que debí actuar de inmediato pero algo me paralizó. Una orden extraña me dijo: hazlo y no te quites siquiera los zapatos, así que me metí en su cama y me dejé envolver en su exquisito aroma que todo lo impregnaba, Courrèges de Printemps. Cubierta hasta la barbilla, mirando desde esa atalaya recordé su forma de sonreír a medias, como si dijera: sí que me doy cuenta del desastre pero eso ¿qué importa?, su manera de sostener el cigarrillo y su predisposición única a la fantasía que la hacía llevar cualquier argumento hasta el absurdo. Yo no sabía aún hasta qué punto es importante sostener una ficción, obligarla a rebasar la vida cuando ésta se ha vuelto tan pesada que no hay otro lugar posible donde refugiarse. Pero sabía que imitar a quien admiras es haber hallado la mitad del camino hacia su encuentro, de modo que tomé una resolución: me convertiría en ella. Usaría su maquillaje, leería sus libros apilados por todas partes al grado de tener que saltarlos si querías pasar de un lado a otro de la casa, son mis libros de cabecera, te decía, aunque no la hubieras visto abrir algunos por años, los *Diálogos* de Platón, *Los trabajos y los días*, de Hesíodo, *Las palabras*, de Sartre, y de Nietzsche, *Más allá del bien y el mal*. «Lo que no me mata, me hace más fuerte» escribió con lápiz en la primera página. Los leería en desorden, abriéndolos al azar, como un horóscopo o como el *I Ching*: ¿qué me depara el día de hoy?, entremezclando su lectura con las cartas que le había escrito su amante, incluidos unos papeles prendidos con alfileres en un corcho que colgó en un muro, junto a su cama. Una

idea excelente, porque mientras yo fuera ella estaría ahí, conmigo, y porque nadie podría culparla por habernos dejado, a mis hermanos y a mí. Tenía algo muy claro: que mi madre se hubiera ido no era su culpa, ni siquiera era algo malo, todo lo contrario: era excitante. Con un añadido: su vida maravillosa sería ahora mía. ¿Cómo podía equivocarme? A mis catorce años era yo inteligentísima y tenía una lógica implacable. Pensaba: cómo no va a ir todo mejor si su vida es apasionante y la mía aburrida. Cómo no voy a ser feliz. Y tenía razón, desde mi punto de vista. No hay nadie en su sano juicio que no sea feliz si está convencido de serlo.

Estaba en la idea del plan, o muy cerca, cuando sonó el teléfono que estuve tentada a no responder, fiel a la costumbre de mi madre de nunca contestar por la mera convicción de que la mayor parte de las veces la gente sólo habla para interrumpirte.

—¿Cómo están?, ¿bien? —era la tía Paula que hablaba para preguntar.

O casi preguntar, porque invariablemente afirmaba lo que quería oír, sólo que lo hacía en forma de pregunta. No me quedó más remedio que copiar los diálogos oídos a otros, convertirme a partir de ese día en la copiona que ahora soy:

—Muy bien, gracias, tía, y ustedes qué tal, ¿bien también?

Fue un alivio sentir que las frases aprendidas sirven para seguir adelante, aunque no digan nada.

Silencio.

Cómo se enteró de que mi madre se había ido no tenía idea. Por supuesto no lo habría revelado ni a ella ni a sus otras hermanas, todas vecinas.

—¿Tienes ya quién pase mañana por Francisco y por Miguel? —soltó de pronto.

Cómo iba a tener si ni siquiera sabía que mi madre iba a irse.

–Bueno, es que no hay quien...

–Yo le hablo a tus primos para que lleven a tus hermanos a la escuela.

Me quedé pensando unos instantes cómo seguir. Esa parte del guion ya no estaba escrita ni tenía palabras oídas que pudieran servirme.

–¿Espero aquí a que los recojan? –dudé.

–Tú no esperas nada, tú te vas a la escuela, como siempre.

Casi no lo pude creer. De modo que tendría que seguir mi vida de siempre, además de convertirme en mi madre, lo que no era poca cosa.

–Está bien, tía. Te vemos aquí mi hermana y yo.

Cuántas veces, cuántos días nos iba a llevar a la escuela. No lo podía saber ni me atreví a preguntarlo. Tal vez mi tía no se había enterado aún que mi madre se había ido para siempre.

Hoy llamo a esto «aprendizaje acelerado». Cada frase no dicha, cada alusión a la que a partir de ese día estaría expuesta encerraba un guiño, un código nuevo: sólo sobrevivirás si eres capaz de guardar el secreto. Como si una voz desde el más allá te dijera: nadie tiene que saber que tu madre se marchó, la vida no es una telenovela. Junto a éste, vinieron nuevos conocimientos, como la certeza de que habría muchas cosas que los demás se empeñarían en ocultar y de otras que por más que me esforzara en saber yo misma no sabría. O no entonces, al menos. Por ejemplo: no sabía que cuando yo pensaba en huir en una Harley-Davidson abrazada a un hombre era porque estaba enamorada no de él, sino de ella.

De mi madre me gustaba todo. Los ojos verdes rasgados, la nariz delgada y recta con la piel tirante en la punta, las manos largas y huesudas. Es muy raro ver que las manos de tu madre acaricien la cara de su amante. Que le peinen la barba. Es raro también que los ojos que antes vigilaban todo hayan renunciado al mundo como si le dije-

ran: puedes seguir sin mí. Lo que un día pasó con los ojos sucedió después con todo el cuerpo; estoy pensando que en realidad pasó con cada parte de ella y mis hermanos y yo no nos dimos cuenta de cuándo empezó todo esto. No supimos cuándo dejó de vernos. Pero era claro que ahora sólo lo veía a él. Más raro todavía pensar en que desde que se fue, ya sólo vería *a través* de él. En su cuarto, donde antes hubo un crucifijo y su retrato de novia ahora había un póster del Museo Cluny con la *Dama del unicornio* sobre la cabecera. Cuando lo clavó ahí, su amante nos contó que el unicornio es una criatura que sólo inclina su cuerno ante una joven virgen. También, que mi madre tenía la piel tan delicada que se irritaba al menor roce y por eso él le daba lencería. Yo no conocía la palabra lencería, ni siquiera sabía que hubiera brasieres que se abrocharan por delante. En éste y otros sentidos el amante de mi madre fue un dechado de educación superior. Me clavó la curiosidad de saber cosas que no sabía y saber siempre más. Y de querer vivir eso que sabía en carne propia.

Un día entré al clóset de mi madre a escondidas y me probé el brasier. Las copas quedaron vacías, como bolsas desinfladas. Intenté repetir dicha operación el día que se fue, pero el brasier, un delicado y minúsculo paño de encaje blanco no apareció. No fue un indicio propiamente, tampoco, pero casi.

Como la vida de mi madre era lo más interesante que hasta entonces me había ocurrido decidí empezar a vivirla cuanto antes. Hice lo que ella habría hecho si hubiera tenido el menor atisbo de que alguien pudiera llegar. Me puse a hacer montones con las cosas y a esconderlas, como cuando ella hablaba de poner orden en la casa. Con que haya un orden visual que nos permita pensar con claridad, todo está resuelto, ése era su lema. De más está decir que nunca hubo un orden visual: cuando no fallaban la sala y un baño, fallaba el comedor. Hoy que te digo esto me doy cuenta de que tal vez aquello fue otro indicio, pero indicio

¿de qué? Es demasiado tarde para saberlo. Entonces me limité a poner los zapatos bajo la cama, las cajas y alhajeros en el clóset, y metí todo lo que estaba en la encimera dentro de los cajones. En realidad, metí lo que cupo. Pero quedaron fuera muchas cosas: dos bolsas de lino con lavanda, el repuesto de las llaves –¿pensará no volver, de veras?–, monedas sueltas sobre el tocador y en el buró, y sobre la base de la lámpara un gato miniatura con pelo natural, regalo de su profesora de francés, del que me deshice en seguida. Cuidado. Cuando dos cosas entran en contacto, dejan rastro. La pista se encuentra en la relación que hay entre ellas. Lección número uno de Sherlock Holmes. ¿Qué tenían que ver el horrendo regalo de su maestra parisina, el gusto de mi madre por la música de Georges Moustaki, mayo del 68 y la idea tantas veces repetida de que el amor sólo podía venir de París?

En ese momento creí que estaba a punto de saberlo.

Éramos ocho primas entre todas. Los primos mayores eran tres. Había otros chicos, pero a éstos no los cuento de momento porque no vienen al caso en esta parte de la historia. Vivíamos en la misma cuadra. Mi abuelo, que era un visionario, compró a precio de centavo unos terrenos pantanosos y fundó además de su casa una escuela. El colegio Espíritu de México, que si alguien quiere saber dónde está, basta con que vaya al lado de Médica Sur, a un terreno bardado, dentro del cual todavía está su estatua, aunque están a punto de demolerla. Dicen que pronto será la Ciudad de la Salud a la que accederán los ricos porque este complejo médico compró los terrenos con todo y escuela. Lo raro es que hasta hace poco estaba en manos de un patronato encargado de no venderlos y de cuidar que el colegio asistiera a niños sin recursos o huérfanos. Mi abuelo fue un benefactor pero no tuvo buen cálculo futurista. Hizo muchas cosas mal, por ejemplo, morir. Y dejar los terrenos en manos de un patronato que se apropió de ellos.

Pero entonces, en 1968, el año que el mundo nos cambió, vivíamos todos muy cerca y nos pasábamos las tardes y las vacaciones juntos. De modo que la vida de los primos, como si se tratara de la propia proyección en distintas edades, era la de todos y la de cada uno de nosotros. Y como la ilusión se funda en lo aspiracional, las menores suspirábamos por volver de la escuela y estar con las primas grandes, y oírlas.

Mis primas mayores habían sido elegidas como edecanes de la Olimpiada del 68 y las cinco menores mirábamos arrobadas sus vestidos cortísimos blancos, con rayas

verticales ondulantes formando la frase «mexico 68», como si ilustraran lo que años después nos dijeron en la escuela que eran las ondas del sonido y que aquello se llamaba efecto *doppler*. Padrísimo. Parecía que al usar los minivestidos mis primas se movieran aunque no se estuvieran moviendo. Los peinados eran también fabulosos: pelo largo y liso, que se alaciaban con el «turbante»: un par de tubos gigantes arribas de la cabeza y alrededor de ésta, muy apretado y húmedo, el resto del pelo. Así que cuando tras una noche de sueños intranquilos como la de Gregor Samsa mis primas de dieciséis, diecisiete y dieciocho años se levantaban a despojarse de aquel tormento y las cabelleras caían como tres cascadas perfectas, las menores las volvíamos a observar, pensando en qué suerte habían tenido y cómo a nosotras ya no nos tocaría maquillarnos los ojos con sombras blancas y centro oscurísimo, con el diseño del huevo, ni usaríamos esos zapatos tan modernos que les habían dado con el uniforme, un estilo no visto en México. Por no hablar de la misión que cada una tenía y que ellas nos referían con deleite: acompañar a los atletas y sentarlos en sus lugares en la Alberca Olímpica. No a todos los atletas, nada de los pesistas ni los de lucha grecorromana, por ejemplo. A ellas les habían asignado los clavadistas y los nadadores, los hombres con mejores cuerpos y mejor carácter y los más guapos de la creación según nos decían y les creíamos. Nos imaginábamos a las primas grandes yéndose a recorrer el mundo tomadas de la mano de jóvenes espectaculares y tiernos, hablando lenguas extrañas en las que las palabras significarían cosas más grandes y mejores. Era emocionantísimo tener cinco, seis, siete, ocho y nueve años y ser tan precoces. Era muy bonito vivir cerca de los primos en casas distintas en la misma cuadra, aunque todo lo que hoy se llama *bullying* y acoso y violencia de género y doméstica también existiera y tampoco nos diéramos cuenta. Los mismos primos que competían a escupir nada más para

escupirnos al menor descuido y el amigo de ellos que le lanzó un chayote con espinas a una de mis amigas diciéndole «piensa rápido» y que ella cachó a tiempo y se espino, ese mismo que decía a las mujeres de más de dieciséis años: tienes la p en la frente fue el que, junto con los demás, se salvó por los pelos de ser encarcelado en el 68. Es raro, ¿no? Es raro cómo alguien puede ser un villano y un héroe a la vez. Es tremendo cuando te das cuenta de que algunos de esos primos acudieron a la primera marcha y caminaron hasta Félix Cuevas en la misma fila del rector Barros Sierra y después, en la Marcha del Silencio, lo hicieron con una cinta adhesiva en la boca. Y saber que estuvieron en la Plaza de las Tres Culturas y huyeron a tiempo junto con un amigo y un taxista los subió y los llevó hasta Tlalpan sin preguntarles nada ni cobrarles nada a los cuatro. Es rarísimo darte cuenta de que los mismos que te hacían ver tu suerte estuvieron allí diciendo: «un dos tres por mí y por todos mis compañeros». Pero esto lo entendí hasta después. Entendí que se puede ser criminal y víctima en la misma historia.

Aunque mi madre se fue seis años más tarde, antes del 2 de octubre ya habían sucedido algunas cosas. Por ejemplo, la comida en casa de mi tía Paula, a la que, cosa rara, fuimos invitados todos los primos. Yo tenía ocho años, la edad en la que crees que entiendes absolutamente todo porque puedes oír las conversaciones de los mayores sin que te consideren un peligro. A cambio, cuando te sientan a la mesa o te mandan a jugar lejos sólo hay que soportar a los más chicos con estoicismo. Los ocho años son la edad del *voyeur*. Cuando tienes esa edad, algo sospechas: la infancia no es el mundo feliz que te prometieron, pero hay otra cosa mejor esperando detrás del sentido convencional de las palabras, en las interlíneas:

Que las faldas eran muy rabonas, que si las compraron en rebaja o qué, porque quién pagaba 180 pesos por treinta centímetros de tela; que cómo se van a sentar sin

que se les vean los calzones. Que se las dieron así, con el resto del uniforme de edecán de los Juegos Olímpicos, pues qué raro, esas modas avaladas por el gobierno, y por este gobierno además. La época había engendrado una juventud sin rumbo, sin presente ni valores y la culpa era de todos, pero de todos por qué. Por tolerar, por eso. Que sean *hippies*. Que anden con sus tonterías del amor libre. Que fumen marihuana. ¡Pero cómo! ¿Fuman marihuana?, no, no lo creo, eso no. Tranquilos.

Para sospechar los adultos tenían razones de sobra, los primos con sus lentes de espejo, los misterios en las conversaciones a medias donde nunca se sabía bien a bien dónde iban después de las clases en la Universidad, la prohibición estricta de entrar a sus cuartos y la peor: una negativa rotunda de los dueños de los cuartos a arreglar sus chiqueros. Los letreros recortados por ellos sobre sus clósets: «Prohibido prohibir», «Ceder un poco es capitular demasiado» y la calcomanía de una carcacha puesta en el espejo del baño: «Estoy bien pasado... de moda».

Los adultos no habían llegado aún a una conclusión, pero mientras lo hacían, tras una semana terrible de trabajo mi tío Fermín y mi papá en sus respectivas oficinas, mi tío Paco en los tribunales y las tías llevando y trayendo niños de la escuela, llegaba la satisfacción de las comidas del domingo, si a eso se le podía llamar una satisfacción. Algo de gusto tendría reírse un poco entre tequila y tequila o sosteniendo un jaibol, fumando uno tras otro cigarros comprados por paquete. Algunos traídos de contrabando, gringos. Marlboro, Dunhill. Hasta unos cigarros que eran para dejar de fumar, cigarros Vintage, hechos con hojas de lechuga. Mi papá compraba los Vintage y los ocultaba de sí mismo, para evitar la tentación. Por alguna causa que ignoro, lo podría llamar destino, coincidía el momento en que él los escondía y yo lo estaba viendo, así que cuando le entraban esas ganas insoportables de sucumbir, no tenía más que preguntarme dónde, levantando las cejas, y

yo le señalaba detrás de sus zapatos, en el clóset. Los ocho años son también los del testigo mudo que puede ser útil a la humanidad, a veces.

Ese día, después de preguntarme él y yo de contestar, sacó dos cajetillas del paquete. Con sigilo guardó de nuevo la caja de su crimen, ahora entre los pañuelos, y salió tan campante al pasillo a avisarle a mi madre que era hora de irnos. Sé que la comida fue en domingo en casa de la tía Paula porque era el único día en que hacía comidas y sé que fue en agosto porque hacía dos años que habían cambiado las vacaciones de la escuela y ahora entrábamos en septiembre. Esa vez estuvieron todos, los tres primos grandes incluidos. Por nada del mundo hubieran cambiado de plan a última hora, como hacían a veces. Pasara lo que pasara, en esta ocasión necesitaban cerciorarse de que les dieran el permiso que pedían. No era cosa de saludar, tomarse unas cubas y hacer como que convivían. De obtener dinero para ir a una fiesta de paga en una casa del Pedregal o en un frontón o para comprar gasolina y llevar a la novia del momento al cine. Como dijo el tío Fermín, papá de Guillermo, Fermín y Luis Carlos, los primos que llegaban a pedir el permiso de hacer la fiesta en casa de los tíos vecinos: ese día no iban nada más a estirar la manita y dar las gracias. Querían la autorización de hacer una fiesta de disfraces, o como los oímos comentar: de armar tremendo reventón donde mientras durara, nadie se conociera. A qué le tenían miedo sus papás y mis tíos, los que iban a prestar la casa: a la sospecha de lo tremendo. Y qué temían en caso de decirles que no: que lo tremendo se trasladara a otro sitio.

Con todo y el miedo a lo desconocido, los adultos les llevaban ventaja: mayores en edad, saber y gobierno. ¿O ya no le decía nada a nadie una frase como ésta? Se veía que no. O tal vez sí, a las menores sí, el tío Fermín nos estaba señalando, pero lo que es ustedes los grandes ya se pasan los principios por donde mejor les conviene. Y por